



Ideología fascista, sistema político y cultura en los Estados Unidos: el espacio y los límites

Fascist Ideology, Political System, and Culture in the United States: The Space and the Limits

DR. C. JORGE HERNÁNDEZ MARTÍNEZ

Sociólogo y politólogo. Profesor e Investigador Titular del Centro de Estudios Hemisféricos y sobre Estados Unidos (CEHSEU) y Presidente de la Cátedra “Nuestra América”, Universidad de La Habana
Número ORCID: 0000-0001-7264-6984

RESUMEN:

El ensayo reflexiona sobre las características y potencialidades de la ideología fascista en la sociedad norteamericana. Su propósito es otear el horizonte, a la luz de algunas consideraciones teóricas y de abreviadas referencias históricas. A partir de la coyuntura de las elecciones de 2020, se indaga en las manifestaciones retrospectivas y recientes de una tendencia que ha adquirido cuerpo en el tejido de la formación social capitalista en los Estados Unidos y en particular, en el marco de la decadencia en la cultura política que acompaña allí al imperialismo contemporáneo. Con la intención de contribuir a las interpretaciones de la viabilidad de los procesos ideológicos en ese país se exponen las notas que siguen, con un formato más ensayístico que investigativo.

Palabras clave: fascismo, ideología, cultura, sistema político, capitalismo

Abstract:

The essay reflects on the characteristics and potentialities of fascist ideology in American society. Its purpose is to scan the horizon, in the light of some theoretical considerations and brief historical references. Starting from the juncture of the 2020 elections, it enquires the retrospective and recent manifestations of a trend that has acquired a body in the fabric of the capitalist social formation in the United States and in particular, in the framework of the decline in the political culture that there it accompanies contemporary imperialism. With the intention of contributing to the interpretations of the viability of the ideological processes in that country, the following notes are exposed, with a more essayistic than investigative format.

Key words: fascism, ideology, culture, political system, capitalism

INTRODUCCIÓN

Con cierta intermitencia, el tema del fascismo y sus expresiones en la vida política y cultural de los Estados Unidos ha sido objeto de las ciencias sociales, sobre todo cuando, en circunstancias de crisis objetivas o a causa de percepciones subjetivas de peligro a la identidad o a determinados intereses del país, como los concernientes a la seguridad interna o la cultura nacional, se afirman prácticas que trascienden comportamientos individuales, se extienden en la sociedad civil con manifestaciones violentas de intolerancia racial, étnica o religiosa. Asumidas por determinados gobiernos de turno en contextos como los aludidos, tales acciones han sido provocadas por la exaltación fanática de algún tipo de supremacismo a través de movimientos u organizaciones sociales que consideran amenazados los valores o el modo de vida, predisponen el estado de ánimo de la población, que siente la necesidad de defenderse, afectando la seguridad ciudadana y el orden público, al ganar espacios en la vida cotidiana, en la dinámica de los partidos y los medios de comunicación. Quizás los mejores o más conocidos ejemplos de ello sean el clima sociopolítico afianzado con el macartismo a mediados del siglo pasado luego, de la Segunda Guerra Mundial, cuando en los años de 1950, durante la Guerra Fría clásica, se generalizó un anticomunismo desbordado, con la persecución a todo lo que se valorara como cercano a ideas políticas de izquierda; la situación creada por la llamada Revolución Conservadora, al reeditarse una lucha contra “el imperio del mal”, como se calificara al presunto enemigo comunista en la “nueva” Guerra Fría, en la década de 1980; o el período que se articuló a inicios del siglo actual, a raíz de los atentados del 11 de septiembre de 2001, ante el terrorismo interno, que evocó reacciones similares alentadas por un nacionalismo chauvinista, patriotero, que profundizó en el decenio de 2000 la represión a niveles inusitados. En este último escenario floreció el síndrome fascista con rasgos más inquietantes, según se evidenció con medidas como las conducentes al

arresto de quienes, por simple sospecha, se catalogaran como terroristas, en ausencia de pruebas, incluido su envío a cárceles secretas o a remedos de campos de concentración, donde el empleo de la tortura se estableció como práctica legítima para “proteger” a los Estados Unidos.

Pero las expresiones ideológicas, y en ocasiones, político-institucionales con signos similares han tenido presencia anterior en la historia norteamericana, y también posterior, según lo muestran los acontecimientos que se despliegan en la segunda mitad del decenio de 2010, asociados a los cuatro resultados electorales más recientes. Así, primero en los casos de 2008 y 2012, a causa del triunfo y reelección, respectivamente, de Barack Obama, un presidente de piel negra, que despertó fuertes sentimientos de racismo y nativismo, se produce el reavivamiento de viejas conductas colectivas, a través de los existentes grupos de odio: neonazis, “cabezas rapadas” (*skinheads*), los del Movimiento Vigilante, las Milicias, las Naciones Arias, el Movimiento de Identidad Cristiana, entre otros, que hasta entonces tenían un bajo perfil, a los que se añadió el *Tea Party*, haciendo gala de no menos extremismo derechista. Después, tiene lugar el resurgimiento de algunos de ellos en los comicios siguientes. En los de 2016, alentados por la victoria de Donald Trump, y en los de 2020, ante el fracaso, al no consumarse su reelección. En esos contextos adquirió un auge renovado el activismo de organizaciones como las mencionadas, al sentir el amparo de un presidente que les cobijaba, cuatro años atrás, y que después procuran defenderle y defenderse, ante una derrota electoral (González Delgado, 2018). Justamente, a partir de estos dos últimos procesos, el desarrollo de ideas y prácticas de connotación fascista en la sociedad norteamericana atrae de nuevo la atención de las miradas académicas. Ello se refuerza a la luz de los resultados oficiales, en medio de no poca incertidumbre, que junto al predominio popular y del Colegio Electoral a favor de Joseph Biden, como candidato demócrata, dejaron ver una notable

tendencia ideológica conservadora, palpable en el respaldo con más de 70 millones de votos a favor de Trump, seguido por una beligerante adhesión a su figura, dentro y fuera de las filas republicanas, mediante movilizaciones públicas que se suman a su denodado empeño en aferrarse a presidencia.

Lo expuesto proyecta la silueta de una ideología fascista, con espacio en la cultura, con límites en el sistema político, definido dentro de los cánones de la democracia liberal representativa, lo cual impide su viabilidad institucional (Hernández Martínez, 2018). De ahí que el presente ensayo reflexiona, al comenzar el tercer decenio del siglo en curso, sobre las características y potencialidades de esa ideología. Su propósito es otear el horizonte, a la luz de algunas consideraciones teóricas y de abreviadas referencias históricas, que toman como referencia el contexto de las elecciones de 2020, pero sólo como motivación analítica. No se trata de un estudio sobre esa coyuntura. A partir de ella, se indaga en las manifestaciones retrospectivas y recientes de una tendencia que ha adquirido cuerpo en el tejido de la formación social capitalista en los Estados Unidos y en particular, en el marco de la decadencia en la cultura política que acompaña allí al imperialismo contemporáneo. Con la intención de contribuir a las interpretaciones de los procesos ideológicos allí, se exponen las notas que siguen, con un formato más ensayístico que investigativo. La exposición incluye una aproximación conceptual a la ideología fascista, recorre sus principales expresiones históricas en la sociedad estadounidense y establece un contraste entre lo que se ha conocido como la “era Reagan” y la “era Trump”, dadas sus proximidades, mirando hacia la inserción de esa cosmovisión en el territorio cultural de una acentuada decadencia imperialista, que confirma la apreciación leninista de que en el campo superestructural, el imperialismo se caracteriza por el viraje de la democracia a la reacción, en toda la línea (Lenin, 1973 y 1996). En ambos casos, sin desconocer diferencias, es común el histrionismo y abuso

de una retórica discursiva saturada de hostilidad contra la imagen de enemigos a neutralizar, a fin de garantizar que los Estados Unidos recuperen su grandeza.

LA IDEOLOGÍA FASCISTA Y LA SOCIEDAD NORTEAMERICANA: EL ESPACIO Y EL LÍMITE

Ante todo, convendría puntualizar el marco conceptual que justifica la referencia al fascismo, como fenómeno político y como expresión ideológica, dado que al revisar la literatura, se advierte que con frecuencia, se utiliza el término de manera indiscriminada y banal. A partir de esta precisión es posible comprender su presencia en las condiciones histórico-concretas de los Estados Unidos, de su cultura y sistema político.

Como fenómeno político, el fascismo se define como opción del capitalismo en las condiciones históricas que se viven en Europa en el contexto de la profunda crisis o recesión mundial, la Gran Depresión de los años de 1930, cuya configuración acabada tiene lugar a finales de ese decenio, pero incubándose desde el precedente, hasta su plasmación en las estructuras tradicionales del Estado burgués, cuando transita en Alemania e Italia su régimen político prevaleciente —basado en el esquema de la democracia liberal— hacia el del llamado Estado de excepción. Marcado por la centralización autoritaria y represiva que impone la clase dominante a la sociedad en su conjunto, al sentirse acorralada, el fascismo conlleva la perentoria liquidación de la institucionalidad democrático-liberal, imponiendo los mitos de la salvación nacional, la legitimidad del uso de la fuerza, apoyándose en la burocracia, las fuerzas armadas y la propaganda, sumando a los sectores populares con la demagogia populista, neutralizando la movilización clasista obrera y de otros sectores explotados, a través de la manipulación ejercida por un líder carismático. Por tanto, el fascismo se resume en la aparición del Estado fascista, con proyecciones que de manera convencional, se consideran como de extrema derecha o de derecha

radical, en la medida en que por su beligerancia trascienden en el espectro político las posturas calificadas como de derecha. Atilio Borón ha señalado, de modo conciso, que el fascismo “requiere una completa reorganización del Estado, sólo posible en la medida en que las instituciones políticas y jurídicas de la democracia liberal sean abandonadas: las libertades burguesas deben ser pisoteadas, los partidos políticos suprimidos, los sindicatos arrasados, el Parlamento clausurado y la educación aherrojada al comité de propaganda del régimen. En suma, la burguesía transforma la ‘ilegalidad’ de la democracia liberal en la nueva ‘legalidad’ del Estado de excepción. El fascismo ha sido, juntamente con el bonapartismo y la dictadura militar, una de las formas ‘clásicas’ del Estado capitalista de excepción” (Borón, 2003:42).

Para Jorge Dimitrov, por fascismo se entiende, esencialmente, “la dictadura terrorista abierta de los elementos más reaccionarios, más chovinistas y más imperialistas del capital financiero” (Dimitrov, 1953: 106). Es decir, implica el poder de esos elementos y la imposición dictatorial, al suprimir a la oposición, de su política sobre los otros sectores de la clase dominante y la sociedad en su conjunto, con lo cual se establece un régimen político diferente, en el Estado capitalista, al de la democracia liberal representativa, como modelo que le sostiene.

Junto a esas miradas, que focalizan adecuadamente la dimensión político-institucional del fascismo, se registran aquellas que enfatizan su connotación ideológica —a las cuales se adscribe este ensayo—, como las de Kevin Passmore, Ernesto Laclau, Robert Paxton y Umberto Eco, resaltando su irracionalismo, capacidad de construcción de percepciones de amenaza y de infundir temor, a través de sentimientos conspirativos, con una impronta populista, que fomenta el desprecio a los débiles y al otro, exagera la identidad, propicia el nacionalismo chauvinista, la xenofobia, se apega a la tradición, rechaza la modernidad y condena la discrepancia (Passmore, 2014; Laclau, 1977; Paxton, 2017). La caracterización de Umberto Eco

es, probablemente, la más completa y funcional en tal sentido, al enumerar catorce propiedades generales de la ideología fascista, precisando que no es posible organizarlos en un sistema coherente, pero subrayando que bastaría con que uno de ellos esté presente para que el fascismo se coagule a su alrededor (Eco, 1991).

Así, coincidiendo con este criterio, tanto si se atiende a su connotación como fenómeno político, o cual corriente ideológica, el fascismo se identifica con expresiones de derecha radical o de extrema derecha. Precisadas las referencias conceptuales de partida, procede situar el asunto en las condiciones específicas de la sociedad norteamericana, relacionándole con el sistema político y la cultura. Desde el punto de vista de su personificación estatal, queda claro que el fascismo no ha existido en los Estados Unidos, y que incluso, no sea factible que se conforme en el corto o mediano plazo una experiencia fascista, entendida a partir de una conversión de ese modelo en el de un Estado de excepción, que suprima los atributos de la democracia burguesa convencional, que cristalice en una nueva articulación formal en el sistema político, centralizada y totalitaria, de estructuras estatales, eliminando el sufragio, los partidos, la libertades de reunión, de prensa, de asociación y de adscripción religiosa, la rama legislativa y concentrando el poder en la ejecutiva, bajo un mandato corporativo militar. Ahí radican los límites de una corporeidad estatal fascista. Desde el otro punto de vista, el que le concibe como ideología, es posible afirmar, en cambio, que existen antecedentes que reflejan espacios en la cultura y en ciertos casos, también manifestaciones organizativas en la sociedad civil, que les han servido de caja de resonancia. La condiciones propiciadoras de esas reacciones se definen, en todos los casos, a partir de la existencia de crisis, más o menos, agudas, que deterioran sustancialmente el nivel de vida de la población, crean inseguridad generalizada, ponen en entredicho la grandeza del sistema político-económico, capitalista, de los Estados Unidos,

estremeciendo la imagen de infalibilidad de este y cuestionando las bases del excepcionalismo norteamericano. Es decir, cuando las percepciones pesimistas de los círculos más conservadores se apoderan de la opinión pública y en general, imponen visiones desoladoras en la cultura nacional que infunden el temor y la angustia, mediante su influencia en los aparatos ideológicos del Estado, como ha sucedido en distintos momentos de recesión económica o crisis política, es que cuaja el ambiente ideológico de fortaleza sitiada, como fértil terreno para las manifestaciones más violentas de la extrema derecha, o derecha radical, y para la viabilidad de una plataforma de ideas, eventualmente acompañadas de prácticas, de inspiración fascista.

La historia norteamericana no ha carecido de esas manifestaciones. Expresiones como el movimiento antimasón de fines del siglo XVIII y principios del XIX; los *Know Nothing* y los *Native American* que florecieron entre 1830 y 1840; el primer *Ku Klux Klan*, de la época de la reconstrucción, posterior a la Guerra Civil, que se opuso drásticamente a la igualdad social y política del negro; o el segundo *Ku Klux Klan*, que adquirió notoriedad durante la década de 1920, enfrentando, incluso de modo violento, a católicos, negros y judíos, defendiendo la supremacía blanca y rechazando la vinculación estadounidense con el exterior, ambos constituyeron antecedentes importantes de tempranas expresiones de derecha radical dentro de los Estados Unidos.

A pesar de que esas organizaciones promovieron movimientos de cierta masividad, sus demandas carecían de consideraciones más globales, que presentaran soluciones contundentes que apuntaran hacia algún tipo de reestructuración del Estado norteamericano de acuerdo con su propia concepción del mundo o motivando la de otros segmentos sociales. Básicamente, se habían limitado a detectar blancos de ataque muy específicos (negros, católicos, inmigrantes, judíos), sobre los cuales descargaban su odio y expresaban su descontento ante la situación económica, política y

social prevaleciente en sus respectivos momentos históricos.

Esas características, que nacían básicamente de la naturaleza intrínseca de dichas organizaciones de derecha radical o de extrema derecha, cambian sustancialmente cuando, bajo las condiciones de angustia y desesperación que impuso la crisis económica de los años de 1930, surgieron expresiones como *Union for Social Justice*, encabezada por el reverendo Charles E. Coughlin, que impulsaron una propuesta eminentemente fascista como una alternativa viable para superar la difícil situación que experimentaban la nación. En esa etapa encontraron eco en la sociedad estadounidense las ideas fascistas de Adolfo Hitler y Benito Mussolini, que junto al quehacer de Francisco Franco, se extendieron en Europa, trascendieron las fronteras del Viejo Mundo, alcanzaron una dimensión internacional y llegaron al continente americano. Algunos historiadores llamaron a ese período “la época de oro del fascismo norteamericano”, cuando la efervescencia de dicha corriente de pensamiento impulsó la creación de alrededor de ochocientas organizaciones diferentes, y cuando revistas y otras publicaciones periódicas de corte autoritario se difundieron a lo largo y ancho del territorio nacional (Nolte, 1967, y Woolf, 1970).

Durante ese lapso, el fascismo en los Estados Unidos se manifestó en lo fundamental de dos formas. La primera fue mediante grupos con actividad política y propagandística, como *The American Patriots*, *The German American Bund*, *The Knights of White Camellia*, *The Silver Shirts*. La segunda forma estuvo representada por los pensadores o intelectuales que nutrieron con un esquema teórico a tales expresiones, entre los cuales se destacaron Seward Collins, Ezra Pound y Lawrence Dennis (González Maass, 1997 y Velasco, 1983). Bajo esas dos modalidades, que se complementaban, el fascismo norteamericano se constituyó en un movimiento significativo que rechazó por igual al liberalismo y al socialismo, ofreciendo a cambio un modelo de organización

alternativo para solucionar la crisis, que cuestionó al régimen político y amenazó con revertir el sistema existente, radicalizando la ideología en el país hacia la extrema derecha o derecha radical (Vestermark, 1975). En ese contexto, se apreciaron intentos por mezclar los principios fascistas europeos, principalmente los del nacionalsocialismo alemán, con la tradición liberal norteamericana y la coyuntura de la crisis de 1930, adoptándose el lema que revitaliza Trump, *America First*, que no es de su cosecha original. En su conjunto, el mosaico de tendencias ideológicas y agrupaciones sociopolíticas citadas se verá frustrado ante la pujanza del proyecto dirigido por el presidente Roosevelt, que articulando el programa del *New Deal* en torno a la política económica keynesiana, con el apoyo de una coalición integrada por el partido demócrata, los movimientos sociales de las minorías negra y latina, los jóvenes, mujeres y sindicatos, propicia la credibilidad del modelo de la democracia liberal representativa aportado por los Padres Fundadores de la nación, y descoloca la alternativa reaccionaria, de índole fascista, promovida por Coughlin y los grupos mencionados, que optaban por una opción fascista.

Con posterioridad, se advierte el reavivamiento de manifestaciones autoritarias, después de concluida la Segunda Guerra Mundial, que muestran la existencia de rasgos psicosociales en los Estados Unidos que reflejaban a cierta cercanía a la mentalidad fascista, lo cual fue estudiado por el sociólogo alemán Theodor Adorno (exponente del pensamiento crítico que maduró en la llamada escuela neomarxista de Frankfurt), aunque situaba el problema a nivel del individuo, toda vez que consideraba que esas ideas respondían a personalidades “fascistas”, entendidas como psicopatologías individuales, perdiendo de vista los condicionamientos histórico-sociales, relativos a las crisis del capitalismo norteamericano y a la búsqueda de salidas (Adorno, 1950). En ese mismo entorno, una acuciosa investigación histórica del intelectual británico Cedric Belfrage desmitificaba el

pluralismo de la cultura política en ese país en los años finales de 1940 y durante los de 1950, identificando lo que calificó como métodos de control del pensamiento, que articulaban una atmósfera de verdadera represión. Así, Belfrage revela cómo los actores políticos de la época del macartismo, son ejemplares “protagonistas de una inquisición”, es decir, “personas en el poder con intención de retenerlo, que identifican los mejores intereses de la nación con los suyos”, que manipulan el estado de ánimo y el clima sociopolítico interno (Belfrage, 1972: 11-12).

A raíz de la impronta presidencial de George W. Bush en la década de 2000, se ubican nuevas reflexiones acerca de las acciones generadas por ese gobierno, entendidas como expresiones fascistas, que como parte de lo que se conoció como la Doctrina Bush, ofreció cobertura a una política interna y exterior justificada a partir de la Ley Patriótica y del enfrentamiento al terrorismo, que sería la nueva construcción de la amenaza a la cultura y la seguridad de la nación, luego de desaparecido el comunismo como enemigo principal. Tanto en el plano ideológico, palpable en concepciones novedosas como las del “Estado Fallido” y el “Cambio de Régimen”, como en el de la práctica gubernamental, ganó presencia una apelación sobresaliente a la violencia, de presencia constante en el discurso movilizador que con justificaciones religiosas y geopolíticas recrearon el clima de paranoia en la cultura política y la vida cotidiana. Numerosos estudios retomaron las preguntas relacionadas con el nuevo ascenso de un pensamiento fascista, como los de Gore Vidal, Noam Chomsky Howard Zinn y Michael Moore, entre otros, al constatar la reiteración con que las fuerzas de extrema derecha o derecha radical que se movían en el Partido Republicano, en la literatura académica y la gran prensa estadounidense, durante el mencionado decenio. Esa situación, sin embargo, perdería peso al quedar atrás los ocho años de la doble Administración de W. Bush, creándose el espejismo de que el extremismo con-

servador legitimado ante la prolongada etapa de crisis, desaparecía de la escena cultural y política, al simbolizar Obama en la primera mitad de la década de 2010 la recuperación del optimismo, la confianza y la racionalidad. En realidad, durante sus dos períodos de gobierno, Obama fue objeto de profundas embestidas nativistas y populistas, fascistas, dirigidas desde movimientos como los del *Tea Party*, los *Birthers*, la *National Rifle Association*, el *Ku-Klux-Klan*, varias organizaciones religiosas, de la derecha evangélica y medios de comunicación conservadores, como *Fox*, entre otros, que cuestionaban su condición de estadounidense y le denigraban por el color de su piel (Hernández Martínez, 2020).

A partir de la segunda mitad de ese decenio, adquiere de nuevo vigencia el intento intelectual por explicar lo que está sucediendo en la cultura política norteamericana, en la llamada “era Trump”, dada la envergadura del nacionalismo chauvinista, el racismo, la xenofobia, el supremacismo blanco y cristiano, palpables tanto en la retórica discursiva presidencial como en la ejecutoria correspondiente que caracterizan a Trump desde 2016. (Russell Mead, 2017). Entre los principales trabajos que dedican atención crítica a ello y que benefician el presente análisis se encuentran los de los sociólogos William I. Robinson y Jaime Preciado Coronado (Robinson, 2016 y Preciado Coronado, 2017).

En resumen, si bien el fascismo es un recurso en tiempos de crisis política en la sociedad capitalista en general, y en el caso de los Estados Unidos la profundización de una crisis de tal naturaleza propicia hoy, como ayer, ciertas condiciones para su redefinición en el plano ideológico, dados los antecedentes y componentes de supremacía racial, étnica y religiosa, elitismo y tradición violenta en la cultura, existen límites político-jurídicos que impiden su institucionalización como régimen político. Ese proceso contradictorio se halla en pleno despliegue. Es decir, está en marcha la configuración de un ideario con componentes fascistas que amplía el espacio de las concepciones conservadoras y

de derecha radical en la cultura política norteamericana, recreando con la “era Trump” el contexto de la “era Reagan”, en la cual se registró un proceso análogo, bajo condicionamientos históricos que restringen su alcance al nivel del sistema político, que sigue (y seguirá) definido por el régimen político demoliberal representativo. ¿Quién puede imaginar a la sociedad estadounidense abandonando la simbología de sus valores tradicionales, en la que se suprime la libertad de expresión, reunión y asociación, con una Constitución y un Congreso anulados, sin procesos electorales, con toque de queda y un patrón social totalitario, con un único poder concentrado en la rama ejecutiva, un Estado militarizado y unos medios de comunicación centralizados con un mismo y absolutista mensaje?

Con la llamada Revolución Conservadora se prometió “un nuevo amanecer”, hablando el presidente Reagan de “hacer grande a los Estados Unidos de nuevo” (*Make America Great Again*). Así, en los años de 1980 se presentó una alternativa de naturaleza ideológica fascista, con una lectura basada en una óptica de extrema derecha o de derecha radical, que enfrentaba la tradición política liberal, intentando superar la herencia rooseveltiana, nutriéndose, según lo explica Jürgen Habermas, de insumos en la sociedad civil y la conciencia colectiva, con lo cual las contradicciones culturales adquirirían la connotación de dilemas políticos (Habermas, 1983). Los elementos que pueden asumirse como indicativos de una orientación fascista, no se integran en una cosmovisión totalmente coherente, orgánica ni en una práctica política acabada, dadas las razones históricas apuntadas, que dificultan el florecimiento en la sociedad estadounidense de opciones extremas, como la socialista o la fascista, que quiebren o sobrepasen los límites establecidos por el modelo establecido: el de la tradición política de la democracia liberal representativa.

A pesar de su caprichosa y accidentada gestión presidencial, de la pérdida de simpatizantes y de algunos soportes estatales con tradición republicana, Trump logró preservar en 2020 buena

parte de las bases electorales de 2016 —sobre todo en población blanca masculina adulta, con bajo nivel de instrucción, evangélica, de áreas rurales, de clase media y obrera, así como de segmentos de la oligarquía financiera y corporativa, vinculada a bienes raíces, construcción, energía y al complejo militar-industrial—, cuya lealtad fue visible tanto en la filas partidistas como en el conjunto de la sociedad civil, al apoyar su escandalosa e inédita conducta orientada a no abandonar su sitio en el gobierno, mediante acaloradas acusaciones de fraude y otras artimañas legales, sin presentar las evidencias requeridas. El predominio de posiciones republicanas en el Senado y en la rama judicial se suma a un cuadro político-ideológico en el que la correlación de fuerzas conservadoras mantiene significación, pudiendo hablarse, hasta cierto punto, de una suerte de “trumpismo”, aún y cuando Trump no fuese reelecto.

La beligerancia de su retórica discursiva, siendo aún presidente y la militancia de sus simpatizantes durante el período inmediato que siguió a los comicios, a través de un amplio abanico de organizaciones y grupos de extrema derecha, algunos armados —que abrazan con exacerbación consignas y agendas de un nacionalismo extremista, discriminatorio, antidemocrático, arbitrario e irracional, escudado en concepciones de supremacía racial y cristiana, apelando a la violencia y a la demonización del adversario—, puede considerarse una expresión ideológica fascista, cuya perdurabilidad en la cultura norteamericana no puede descartarse.

TEORÍA E HISTORIA, PREGUNTAS Y RESPUESTAS

El empleo del calificativo fascista a diferentes momentos y gobiernos en los Estados Unidos, así como la preocupación por un peligro de esa naturaleza en la actualidad, conlleva más preguntas que respuestas, estimula interpretaciones y mueve la polémica.

¿Fue fascista la Administración Reagan?; ¿Ha sido fascista la de Trump? ¿Existe un proceso de

fascistización en la sociedad norteamericana? Se requiere de una serie de precisiones conceptuales al enfrentar estas interrogantes.

1) Las formas de ascenso al poder (democráticas o inconstitucionales), el nivel y apariencia de la represión que ejerzan estos grupos, la existencia de un partido único con agenda fascista o la hegemonización política dentro de un sistema pluripartidista, dependerán de la situación interna y externa histórico-concreta del país en cuestión, pero ello no altera el hecho de que el sector más reaccionario y aventurero de la burguesía, al decir de Dimitrov, puede llegar a monopolizar el poder efectivo (gubernamental y social) y ejercerlo, neutralizando a la oposición por vía democrática o represiva. Por lo tanto, cada fascismo diferirá uno de otro, de país a país y de una época a otra. Es conveniente recordar el modo pacífico y relativamente constitucional del ascenso nazi al poder, en Alemania, así como el modo en que progresivamente, y no de súbito, neutralizó primero y suprimió después la oposición política.

2) Las corrientes fascistas contemporáneas difieren en su forma de las europeas clásicas (Alemania, España, Italia) y de aquellas que se implantaron en América Latina (Brasil, Argentina, Chile), que adoptaron determinadas formas históricas, las de las dictaduras militares. El fascismo actual no sólo no se caracteriza por esos rasgos, mucho menos en una fase preparatoria o incipiente, como pudiera ser la de un probable auge o expansión en la sociedad norteamericana, sino que incluso procura, en general, evitar semejanzas formales con dichas expresiones.

3) En cada país donde exista una corriente fascista, esta tiene diversos orígenes, composición, soportes clasistas y cuotas de poder, por lo que no conforma un movimiento homogéneo, sino que incluso pueden existir importantes contradicciones en su seno. En el caso de los Estados Unidos, existen varias fuentes y corrientes fundamentales de orientación fascista, algunas de las cuales ya se examinaron. Lo integran ciertos sectores del

gran capital transnacional; otros de menor poder financiero, en estrecha vinculación y dependencia de la producción de armamentos y con capitales invertidos esencialmente (aunque no exclusivamente) dentro del territorio nacional; grupúsculos racistas y de autoidentificación fascista, más bien en su sentido tradicional (como el Partido Nazi, el Ku-Klux-Klan y la *John Birch Society*). Cada uno de ellos tiene una visión distinta de su ascenso al poder, así como del modo de emplearlo. Los dos primeros tienden a la americanización de su fascismo, la tercera vertiente se proyecta con una conducta que se mueve en el límite de lo admitido en la cultura estadounidense, dada su beligerancia, lo que la aísla socialmente y dificulta su peligro potencial. Entre esos sectores existen vínculos políticos y financieros en distintos niveles o gradaciones.

4) La “dictadura” de los elementos más reaccionarios, chovinistas y aventureros del gran capital, siguiendo de nuevo lo planteado por Dimitrov, no tiene que ser inevitablemente atroz en lo interno. Tratará, sí, de ser eficaz. Su grado de brutalidad dependerá de la necesidad que tenga de acudir a tales procedimientos. Por otra parte, las formas represivas responderán al marco nacional e histórico donde se establecen largas condenas y silla eléctrica. No se requiere del horno crematorio. A la vez, los medios de difusión masiva, las escuelas y otros aparatos ideológicos del Estado, cuya capacidad manipuladora acompaña habitualmente a las prácticas fascistas, hacen que se reduzca la necesidad de medidas represivas desde el punto de vista físico e incluso, político.

5) El fascismo no arriba “de pronto” al poder. Aún si históricamente ha recurrido al golpe de Estado cuando lo ha necesitado o pensado que lo ha necesitado, en otros casos, como el de Alemania, ha ascendido a través del proceso electoral. En uno y otro caso, el fascismo pasó por una fase preparatoria de transición antes de su llegada al poder y en las primeras etapas después de alcanzarlo. Sólo después que se siente dueño consolidado de las riendas efectivas (económicas, sociales,

políticas, culturales) del poder es que se quita la máscara y pasa a la fase abiertamente fascista.

6) En el caso de los países capitalistas más industrializados, el fascismo requiere una base social de masas significativa, si bien no necesariamente mayoritaria. En este sentido, es útil la precisión de Robert Paxton, quién sostiene que los cimientos del fascismo se encuentran en un conjunto de pasiones movilizadoras, más que en una doctrina elaborada, ante una sensación de crisis abrumadora, más allá del alcance de cualquier solución tradicional, por lo que se acude entonces a cualquier acción, sin límites legales o morales, contra quienes se perciben como enemigos, tanto internos como externos, encontrando eco en las masas populares (Paxton, 2017).

A comienzos de 1980, el politólogo norteamericano Bertram Gross, preocupado por el presente y el futuro de los Estados Unidos, alertaba sobre el advenimiento allí de un “fascismo amistoso”, tomando nota del fenómeno de persistencia de algunas de sus expresiones mundiales, y de las tradiciones de autoritarismo, violencia y discriminación inherentes a la cultura política norteamericana, cuya reactivación se advertía. Según Gross, ponderando la crisis norteamericana de la segunda mitad del decenio de 1970, “el fascismo vendría a los Estados Unidos con una cara amigable: no con juicios como los de Nuremberg, o con doctrinas de superioridad racial, sin prohibir formalmente los partidos políticos, abolir la Constitución o eliminar las tres ramas del gobierno, pero con el mismo fervor nacionalista, leyes arbitrarias y dictatoriales y con violentas conquistas militares” (Gross, 1980: 11).

Como fenómeno sociohistórico, el fascismo conlleva una serie de rasgos que tipifican un régimen político específico, viable dentro de los marcos del Estado burgués, que se plasma de manera concreta según el momento y la nación en que emerja y se establezca. Sus modalidades institucionales varían en consonancia con las características del capital financiero, la estructura de

clases, la naturaleza de la crisis que se enfrente, el entorno sociopolítico y la cultura nacional del país de que se trate. Atendiendo a lo planteado, esa no es, como ya se ha señalado, la situación en los Estados Unidos. En este caso, lo que se ha ido instituyendo es una especie de matriz ideológica reaccionaria al interior de la sociedad norteamericana, en la que se entrelazan diversas tendencias —coincidentes en unos puntos, y en otros, complementarias—, que comparten un ideario de expansionismo, intolerancia, autoritarismo, superioridad y segregación sobre criterios raciales, étnicos y religiosos, que justifica una amplia gama de acciones violentas, entre las cuales se encuentran el genocidio, la exclusión, marginación, discriminación y terrorismo interno, que a la vez son características del fascismo y están implantados en el tejido de la cultura política norteamericana, respondiendo a intereses de las fracciones burguesas más chovinistas, militaristas y agresivas de la oligarquía financiera estadounidense, representadas en distintos momentos en círculos gubernamentales.

Según William I. Robinson, “el sistema estadounidense y los grupos dominantes se encuentran en una crisis de hegemonía y legitimidad, y el racismo y la búsqueda de chivos expiatorios son un elemento central para desafiar esta crisis. Al mismo tiempo, sectores significativos de la clase obrera blanca estadounidense vienen experimentando una desestabilización de sus condiciones laborales y de vida cada vez mayor, una movilidad hacia abajo, precarización, inseguridad e incertidumbre muy grandes. Este sector tuvo históricamente ciertos privilegios gracias a vivir en el considerado primer mundo y por privilegios étnico-raciales respecto de negros, latinos, etcétera. Van perdiendo ese privilegio a pasos agigantados frente a la globalización capitalista. Ahora el racismo y el discurso racista desde arriba canalizan a ese sector hacia una conciencia racista y neofascista” (...); el discurso abiertamente fascista y neofascista de Trump, que ha logrado legitimar y

desatar los movimientos ultra-racistas y fascistas en la sociedad civil estadounidense (...). La crisis en espiral del capitalismo global ha llegado a una encrucijada. O bien hay una reforma radical del sistema (si no su derrocamiento) o habrá un giro brusco hacia el fascismo del siglo XXI. El fracaso del reformismo de elite y la falta de voluntad de la elite transnacional para desafiar la depredación y rapacidad del capitalismo global han abierto el camino para una respuesta de extrema derecha a la crisis. El trumpismo es la variante estadounidense del ascenso de una derecha neofascista frente a la crisis en todo el mundo” (Robinson, 2016: 2).

Por su parte, Jaime Preciado Coronado coloca un análisis que retoma a Sheldon Wolin, coincidiendo en algunos aspectos con la mirada de Robinson (Wolin, 2008 y Preciado Coronado, 2017). Señala que “la democracia en los Estados Unidos no ha llegado a consolidarse, pues a comienzos del siglo XXI parece estar controlada por un totalitarismo invertido que es ejercido por un superpoder. No se trata de una calca actualizada del fascismo como régimen político, pues la ficción democrática actual simula las distancias con el nazismo u otras formas de fascismo en la historia mundial reciente, sino que se instaura un régimen social que impone su agenda pública desde el autoritarismo moral, la idea de superioridad racial, el totalitarismo del mercado, y desde relaciones sociales que capturan e intentan legitimarlo en el espacio sociopolítico” (Preciado Coronado, 2017: 70). En este ensayo se comparten ambas ideas, que han sido reproducidas en extenso atendiendo a su significación.

DE LA ERA REAGAN A LA ERA TRUMP

La rearticulación del consenso que tiene lugar en la actualidad se asemeja a la que se desplegó en los años de 1980, bajo la Revolución Conservadora. De ahí que, como recurso analítico que pretende destacar el parentesco entre ambos procesos, se acuda al cotejo, al puntualizar los aspectos fundamentales.

a) La fracción burguesa más chovinista, agresiva y aventurera del gran capital estadounidense se logró hegemonizar en 1980 el poder ejecutivo (y en buena medida, el legislativo y el judicial), sacando partido al estado de frustración y sentimientos nacionales heridos que dejó como saldo la crisis general de los Estados Unidos durante la década precedente. Sin embargo, su base política era una coalición de centro-derecha, liderada por la extrema derecha, pero que procuró ajustarse al consenso global de la clase dominante, situado en posiciones de centro-derecha. En oposición a la fracción burguesa del viejo *establishment* que dominó la política norteamericana hasta entonces, esa fracción burguesa emergente estaba integrada principalmente por capitalistas relativamente poco transnacionalizados, proteccionistas o endogámicos, en sentido figurado, que dependían en gran medida de la carrera armamentista y que constituían una parte importante del llamado complejo militar industrial. Su aspiración era desplazar al viejo *establishment* (la otra fracción más poderosa y transnacionalizada de la burguesía desde el punto de vista financiero) del poder económico, político y social en los Estados Unidos, sustituyéndola por otra fracción burguesa hegemónica. Para ello pusieron en juego un conjunto de políticas que mientras respetaron los límites del consenso global de la clase dominante, vitalizaron una dinámica que arrastró hacia la derecha la agenda política nacional norteamericana. Con Trump se reeditó una experiencia similar.

b) La derecha radical, movimiento político social que lideró el esfuerzo electoral y prevaleció hoy en los medios gubernamentales, calificado en 1980 como “nueva” derecha, era entonces una de las corrientes de orientación fascista sobresalientes en los Estados Unidos. Su eficacia estaba dada por la coyuntura histórica que vivió y que supo explotar, creando alianzas con la “vieja” o tradicional derecha y con la corriente neoconservadora, consiguiendo en términos estratégicos desplazar al antiguo *establishment* elitista transnacionalizado

por sobre los escollos tácticos inmediatos. Así, aquél sector, apoyado en una retórica populista demagógica, fue capaz de sumar a amplios sectores (incluyendo clase media y trabajadora) a su cruzada *antiestablishment*, con lo cual se convirtió en la corriente fascistizante viable en el contexto norteamericano. De cierta manera, una situación así se recrea con Trump, cuarenta años más tarde, al hacer gala de nacionalismo, proteccionismo o endogamia, en el sentido planteado.

c) El objetivo estratégico de la fracción burguesa a la que se ha venido aludiendo y del movimiento de la derecha radical promovido por ella ha sido desplazar de sus posiciones hegemónicas al “viejo” *establishment*. En ese sentido, tales círculos burgueses consideran hoy al tiempo presente, como lo hicieron ayer, como un tiempo de transición, limitando su avance en cuestiones específicas, haciendo determinadas concesiones al dicho *establishment*, debilitado, más no agonizante, intentando avanzar todo lo posible, de modo tal que perdurasen sus huellas y se entorpeciera el camino ulterior, si se seguía una ruta diferente. En los años de 1980, aunque Reagan prolongó su doble mandato en el gobierno de George H. Bush, siguiendo esa estrategia, no pudo a comienzos del siguiente decenio proseguir el avance aludido, al tropezar con las fuerzas renovadas del antiguo *establishment*, que impidieron la reelección de H. Bush, al rearticularse con William Clinton. Pareciera que un contexto como aquél es el que se definió en 2020, provocando la no reelección de Trump.

d) Probablemente, la aspiración de los sectores que respaldaban a Trump haya sido coincidente con la de los que impulsaron a Reagan, en el sentido de que no se trataba de que completase ese proceso hasta sus últimas consecuencias, a menos que dispusiera de un segundo período de gobierno, sino de avanzarlo hasta un punto en que se dificultase su reversión.

La Administración Trump ha marcado hasta el presente, como lo hizo ayer la de Reagan, el ascenso a las posiciones clave del poder político nor-

teamericano de los representantes de la fracción burguesa más chovinista, agresiva y aventurera del capitalismo monopolista, del imperialismo en los Estados Unidos. Y, a la vez, de la corriente de orientación fascista más peligrosa, dada su habilidad y relativa viabilidad, entre las existentes que hallan espacio en el medio político y cultural norteamericano.

Trump no ha sido, por tanto, una presidencia más, ni siquiera “la más reaccionaria” en los primeros decenios de este siglo, sino un fenómeno ideológico y sociopolítico cualitativamente diferente en el país, aunque no totalmente nuevo, que responde a los efectos acumulados desde los años de Reagan, reeditando y dando continuidad al intento de desarrollar una fase de transición encaminada a rechazizar gradualmente la sociedad, que a su vez abre la puerta en varios campos de los Estados Unidos a la posibilidad fascista en la cultura política.

El ascenso de Reagan al poder reflejaba más que todo la profundización de la tendencia a la rechazización de la elite dominante en su conjunto como reacción ante la inmanejabilidad de la crisis que se venía produciendo desde la época de Carter, que se expresa de modo latente cuando no manifiesto hasta el presente, pero que nunca ha desaparecido del todo. El voto que favoreció a Reagan en 1980 y el que llevó a Trump a la presidencia en 2016 no reflejan tanto una rechazización intrínseca de las masas como su frustración, plasmada en un voto de castigo, ante la incapacidad de los gobiernos demócratas que les precedieron para hacer coincidir la retórica populista de ambos gobernantes republicanos con una mejoría de la crisis económica interna. En lo que al proceso de ideologización masiva se refiere, se ha empleado una técnica del fascismo clásico: la de presentar la crisis como resultado de la incapacidad del viejo *establishment* y el fracaso de sus políticas, volcar el sentimiento *antiestablishment* originado en la década de 1960 hacia una tendencia conservadora, presentando a la crisis como una crisis de

liderazgo del viejo establishment y no del sistema, por lo que su desplazamiento del poder y la instauración de un nuevo orden social podría devolver la fe en el sistema a las masas, afectadas psicológicamente por la crisis. La fórmula ideológica es semejante, por tanto —no idéntica— a la del fascismo clásico de los años de 1920 y 1930: transformar en tendencia derechista el sentimiento *antiestablishment* que venía moviendo a las masas hacia posiciones de centro izquierda o liberales, cercanas al liberalismo tradicional de la democracia representativa establecida.

REFLEXIONES FINALES

¿Necesita el capitalismo estadounidense del fascismo? La necesidad de recurrir al fascismo cae en el terreno subjetivo. No se trata de si objetivamente el sistema en los Estados Unidos está necesitado de él, sino de si la elite de extrema derecha o una fracción decisiva dentro de ella perciben la necesidad de un cambio dramático en el sistema. A mediados de la década de 1970, la mayor parte de la elite no percibía la necesidad de un cambio significativo. Después de atravesar la nación la crisis a finales de dicho decenio, la situación sería otra. La opción que se fraguó en aquél período, y que se plasmó al finalizar la década en la propuesta profundamente conservadora que hizo suya Reagan poseía rasgos ideológicos de corte fascista. De alguna manera, aquella situación se reitera después, con Trump. A partir de 2016, persistiendo incluso en 2020, más allá de la derrota de Trump, pareciera que perdurara la percepción, en buena parte de la sociedad, de que se requieren esos cambios.

El historiador argentino Pablo Pozzi formulaba una pregunta y esbozaba una respuesta, cuya profundidad analítica hace pertinente reproducir, en extenso, sus palabras, que las hace suyas el presente ensayo: “¿Son o no fascistas los Estados Unidos? El término en sí mismo no es importante excepto por su simbolismo político e ideológico. Debería quedar claro que muchas de las definiciones aceptadas de fascismo se acer-

can bastante a la realidad norteamericana actual; particularmente aquellas que enfatizan el control del Estado por parte de una plutocracia u oligarquía financiera. La definición en sí misma apunta sobre todo a la inexistencia de un sistema democrático, o sea a un sistema político donde la voluntad de la mayoría debería guiar el accionar del Estado. Por otra parte, también debería quedar en claro que si bien el caso norteamericano reproduce características en apariencia cercanas al fascismo (por ejemplo el uso del racismo como política de Estado, la militarización de la sociedad a través de las fuerzas policiales, la existencia de campos de concentración para opositores políticos y la suspensión del Estado de derecho sin apelación incluyendo la posibilidad de desaparición de personas), muchas de estas también pueden ser propias de dictaduras o de regímenes autoritarios. La principal defensa de aquellos que rechazan la caracterización de fascista tiene que ver con el hecho de que en Estados Unidos hay elecciones regularmente y que no hay una política oficial antisemita. Ambos razonamientos son falsos. Hitler y Mussolini no solo llegaron al poder por vía electoral, sino que mantuvieron el sistema bajo sus regímenes e inclusive retuvieron un apoyo mayoritario de la opinión pública hasta el fin. Y el racismo fascista

no sólo incluyó a judíos sino también a gitanos, homosexuales, y sobre todo a comunistas” (Pozzi, 2015: 37).

La década de 2020 que comienza, la tercera del siglo XXI, comprende dos contiendas electorales, en 2024 y 2028, en las que se enfrentarán opciones ideológicas dentro del marco bipartidista establecido por el sistema político norteamericano, pero con expresiones acusadas al interior de las filas demócratas y republicanas, y fuera de ellas, a lo largo y ancho del espectro ideológico que atraviesa a la sociedad civil y a la cultura, conformando zonas de consenso y conflicto. De alguna manera, ello transcurrirá al calor de una crisis multidimensional inconclusa, signada por las contradicciones que conlleva un régimen político afinado en la democracia liberal representativa, que limita la institucionalización del fascismo, junto a un entorno cultural al que no le resultan ajena, extraña y mucho menos, novedosa, la ideología fascista, de corte totalitario, antidemocrático, con fuertes acentos conservadores y de extrema derecha, opuestos al ideario fundacional de la nación. No hay dudas de que en el horizonte político-cultural en los Estados Unidos se registrarán tales tendencias contrapuestas. Será necesario regresar a este análisis al comenzar el decenio de 2030.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Adorno, T. W. et al (1950): *The Authoritarian Personality*, Harper & Row, New York.
- Belfrage, Cedric (1972): *La inquisición democrática en Estados Unidos*, Editorial Siglo XXI, México.
- Borón, A. (2003): *El fascismo como categoría histórica: en torno al problema de las dictaduras en América Latina*, CLACSO, Buenos Aires.
- Dimitrov, Jorge (1953): “Acerca de las medidas de lucha contra el fascismo y los sindicatos amarillos”, en *Obras Completas*, Editorial del PCB.
- Eco, Umberto (1991): “El fascismo eterno”, en *Cinco escritos morales*, FCE, México.
- González Delgado, D. (2018): “Combustible para el odio”, en *Granma*, 8 de marzo, <http://www.granma.cu/mundo/2018-03-08/trump-combustible-para-el-odio>
- González Maass, P. G. (1997): *Terrorismo en Estados Unidos: un problema de seguridad nacional*, ITAM, México.
- Gross, Bertram (1980): *Friendly Fascism. The New face of Power in America*. South End Press, Boston.
- Habermas, Jürgen (1983): “La ruptura entre cultura y sociedad. Sobre la crítica de la cultura de los neoconservadores en EE.UU”, en *Nueva Sociedad*, No. 69, Caracas, noviembre-diciembre.

- Hernández Martínez, J. (2018): “Rearticulación del consenso y cultura política en los estados unidos (Reflexiones e hipótesis sobre la Era Trump)”, en Casandra Castorena, Leandro Morgenfeld y Marco A. Gandásegui (Coordinadores), *Estados Unidos contra el Mundo. Trump y la nueva geopolítica*, CLACSO-Siglo XXI Editores, México.
- Hernández Martínez, J. (2020): “El populismo en los Estados Unidos: historia y contemporaneidad”, en *Huellas de Estados Unidos*, Cátedra de Historia de Estados Unidos, No. 19, Octubre, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Laclau, E. (1977): *Política e ideología en la teoría marxista. Capitalismo, fascismo, populismo*, Siglo XXI, Madrid.
- Lenin, V.I. (1973): “Sobre la caricatura del marxismo y el “economicismo imperialista”, en *Obras escogidas en doce tomos*, tomo VI, Editorial Progreso, Moscú, pp.28-50.
- Lenin, V. I. (1996): *El imperialismo y la escisión del socialismo*, Editorial Progreso, Moscú.
- Nolte, E. (1967): *El fascismo en su época*, Editorial Península, 1967.
- Passmore, K. (2014): *Fascism: A Very Short Introduction*, Oxford University Press, Oxford.
- Paxton, R. (2017): *The Anatomy of Fascism*, Vintage, New York.
- Pozzi, P. (2015): “¿Del absolutismo capitalista al fascismo?: ¿cuál es la naturaleza del sistema político norteamericano actual?”, en *Huellas de Estados Unidos*, Cátedra de Historia de Estados Unidos, No. 9, Octubre, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Preciado Coronado, Jaime (2017): “Entre el desacuerdo y el fascismo societal invertido. Elecciones e imaginario democrático en Estados Unidos”, en Marco A. Gandásegui, hijo y Jaime A. Preciado Coronado, *Hegemonía y democracia en disputa. Trump y la geopolítica del neoconservadurismo*, Universidad de Guadalajara.
- Robinson, William I. (2016): “Trump y el fascismo del siglo XXI”, en *La Jornada*, UNAM, México, domingo 4 de diciembre, <http://www.jornada.unam.mx/2016/12/04/opinion/026a1mun>
- Russell Mead, Walter (2017): The Jacksonian Revolt. American Populism and the Liberal Order, en *Foreign Affairs*, January 20th.
- Velasco, J. (1983): “El reverend Charles E. Couhlin y el ascenso del fascismo norteamericano durante la década de los treinta”, en *Cuadernos Semestrales*, No. 14, CIDE, México.
- Vestermark, S. D. (1975): *Extremist Groups in the U.S.*, International Association of Chiefs of Police, Gaithersburg.
- Wolin, Sheldon S. (2008): *Democracia S.A. La democracia dirigida y el fantasma del totalitarismo invertido*, Katz Editores, Buenos Aires.
- Wolf, S. J. (1970): *El fascismo europeo*, Editorial Grijalbo, México.